Guía de lectura

# Pedro Almodóvar

## El hombre que solo escribía en los aviones

Penguin Club de lectura

# LA OBRA

Flavio Guijarro lleva media vida reinventándose. Dibujante, músico, interiorista, psicólogo, fotógrafo, *performer*: ha tenido decenas de vocaciones y se ha entregado a cada una de ellas con entusiasmo renovado, aunque ninguna ha llegado a cuajar. En todas las disciplinas, la mediocridad, tarde o temprano, ha sido su límite. La actuación parecía ser la vocación definitiva, pero después de pasar años como figurante e interpretando papeles pequeños, ha tenido que reconocer lo evidente: nunca será un gran actor. Esta profesión frustrada, sin embargo, le brinda una oportunidad insólita: acompañar en su promoción internacional al actor Alez Mazado y ser su traductor e intérprete en las entrevistas. De Madrid a Nueva York, Roma y París, es entonces cuando Flavio descubre, a diez mil metros de altura, una nueva afición: la escritura.

Como en los aviones no consigue dormir, lee; y como leer no alcanza para ocupar el tiempo, también escribe. Y lo hace de manera febril, llenando los márgenes y las páginas en blanco de los libros porque no soporta que las novelas que adora terminen una vez leídas. Pero al regresar a tierra firme su inspiración mengua hasta desaparecer del todo. Allí sus compromisos son otros: desde que ha ayudado a Mazado a preparar un personaje, su buena reputación como coach de actores, una aptitud que ignoraba tener, no ha dejado de crecer, y la demanda resulta agotadora. Su vocación literaria, pese a todo, sigue intacta, aunque para combatir los bloqueos creativos la única solución sea subir a un avión, viajando muchas veces sin más excusa que escribir suspendido en el aire. En los primeros viajes en compañía de Maza-

do, compone el monólogo de una directora de cine de los años ochenta que habla acerca de su relación sentimental con un adicto a la heroína. A esta suerte de autoficción velada le sigue una historia de abusos y descubrimiento de la sexualidad en un colegio de curas, y una *perfomance* que idea para tomarse un descanso de su absorbente labor de coach. Finalizada esta acción que deriva en polémica artística, encuentra, por casualidad, un manuscrito de juventud: la continuación de *Blade Runner*, una fantasía distópica poblada de androides y humanos transgénicos, ambientada en Madrid en 2099. La lectura de esta obra temprana, y tanto tiempo olvidada, reaviva su deseo de escribir y Flavio retoma su relato, entregándose, esta vez, a un peculiar juego metaliterario: hacer una *fan fiction* de su propia *fan fiction.*

La pasión por la literatura acaba encerrando a Flavio en un laberinto de palabras. Las que lee y las que escribe. Porque aunque no tenga una cualidad especial para escribir, sí posee una enorme capacidad para leer y apropiarse de los textos que le impactan. Es así como se embarca en un delirante proyecto literario cuando la noticia de la subasta de un pañuelo manchado con la sangre de George Orwell se entrecruza con la lectura de *Los papeles de Aspern* y *Lolita*. Decidido, nada menos, a reescribir la obra de Henry James, Flavio emprende una aventura creativa ambiciosa que lo termina llevando a una nueva afición y a vivir una historia de amor con el actor más exitoso del momento.

# CLAVES DE LA NOVELA

Desde los inicios de su carrera como director, e incluso antes de sostener una cámara Super 8 entre las manos, Pedro Almodóvar ha cultivado su pasión por la escritura. En los años ochenta, dio a conocer su faceta literaria más descarada con la nouvelle *Fuego en las entrañas* y las crónicas de *Patty Diphusa*, dos obras a tono con el frenesí de aquellos años. Cuatro décadas después, y con una multipremiada filmografía a sus espaldas, Almodóvar nos sorprendió con la publicación de *El último sueño*, un volumen de relatos que conforman un autorretrato fragmentado donde lo autobiográfico se funde con lo imaginado. Escritos entre 1967 y 2023, estos textos, que han sido traducidos a treinta lenguas, contienen muchas de las obsesiones íntimas de un creador que antes que cineasta, guionista o escritor prefiere pensarse como narrador. El origen de esta vocación primigenia y transversal hay que rastrearlo en dos momentos fundacionales: la capacidad de narración, cuenta Almodóvar, la descubrió a través de su madre, cuando ella le leía cartas a las vecinas analfabetas y completaba o matizaba el contenido para que la realidad, quizá, fuese un poco más vivible. En los patios manchegos, por otra parte, él mismo comenzó a explorar el arte de narrar cuando les contaba a su hermana y sus compañeras de costura las películas que había visto

e inventaba la mitad de la historia, movido por una pulsión fabuladora súbita y gozosa. Que en toda narración la frontera entre realidad y ficción es tan delgada como permeable es una certeza que está en los cimientos de una extensa producción donde lo escrito, lo filmado y lo vivido se entrelazan. Que todo, a su vez, puede ficcionarse y convertirse en material literario es una idea que late en el centro de *El hombre que solo escribía en los aviones*, una primera novela que, libre y sinuosa, se deja impulsar por el deseo incontenible por la palabra escrita.

Entre experiencias y lecturas, tramas inventadas e ideas prestadas, *El hombre que solo escribía en los aviones* se despliega, desde el prólogo mismo, como un vertiginoso sistema de cajas chinas o círculos concéntricos. Dentro encontramos fantasías futuristas, historias de amor, monólogos y diálogos, manuscritos perdidos, pesquisas que involucran a editores ficticios y escritores reales, y un hombre de mil vocaciones que no cesa de reinventarse. De actor y coach a escritor, y de la afición literaria a la dirección de cine, una profesión que, hacia el final de la novela, se revela como «el resultado de múltiples frustraciones artísticas», Flavio Guijarro comparte con Pedro Almodóvar, según él mismo confiesa, cierta urgencia creativa o, en otras palabras, «la ansiedad de avanzar en una narración frenética que reduce el tiempo a cenizas». A esta premura, que marca el pulso de una novela hecha de interrupciones, virajes inesperados e historias dentro de historias, cabe añadir otro rasgo compartido entre personaje y autor: cuando Flavio traduce a Mazado, cambia las respuestas llanas del actor por frases más inteligentes, mostrando, desde el comienzo de la novela, una tendencia a tergiversar las palabras ajenas, y a fabular a partir de ellas, en la que resuenan las lecciones aprendidas por Almodóvar en los patios de su infancia. De la ficción como un ingrediente que engrandece la realidad y la hace más soportable, o menos plana y más narrable, habla, entre otras cosas, una novela donde se da un juego de correspondencias entre autor y personaje, pero no hay la voluntad de emprender nada semejante a un ejercicio de autoficción. Puede que haya guiños autorreferenciales diseminados a lo largo del relato, pero de la mano de Flavio Guijarro, un personaje que asegura no estar dispuesto a hurgar dentro de sí mismo, nos asomamos, precisamente, a los resbaladizos límites de la autoficción y ese puente de doble dirección que conecta vida y obra, realidad y ficción.

Pese a su firme decisión de huir de lo autorreferencial, Flavio cae más de una vez en sus propias trampas: en medio de una crisis creativa, fotografía su cama deshecha y escribe sin rodeos acerca de esa acción mínima que tal vez consiga sacarlo de su desesperante bloqueo. En su primer relato, por otra parte, vuelca fragmentos de una amarga historia de amor de juventud y se camufla bajo el personaje de una directora de cine, sin sospechar que a través de aquel trasunto no solo invoca el pasado, sino también su futuro. Tiempo después, cuando debuta como director, lo vivido se cuela, una vez más, en las escenas rodadas, difuminando, capa sobre capa, la frontera que separa a lo real de lo inventado. Su

distopía *cyborg* ambientada en el Madrid de la Gran Desertificación funciona, a su vez, como un espejo distorsionado del presente que, en un juego infinito de reflejos, nos muestra a los replicantes visionando clásicos del cine —ciencia ficción incluida— para entender cómo fueron las sociedades del pasado. Bajo el influjo de *Blade Runner*, Flavio escribe esta ficción que nace del deseo profundo de reescribir y continuar la historia porque no puede soportar que el relato de Philip K. Dick termine en la película de Ridley Scott: *fan fiction* en estado puro. Repleta de historias que proliferan y se multiplican a la manera de febriles rizomas, *El hombre que solo escribía en los aviones* incursiona en el fenómeno de la ficción fanática en tanto reescritura y, por encima de todo, demostración de amor de los lectores que, movidos por su devoción, se resisten a que las obras se replieguen sobre sí mismas y concluyan en un punto final. Si Borges viviera, escribe Pedro Almodóvar en el prólogo, le pediría un relato infinito escrito por *fan-fictioners*: su novela, llena de ecos borgeanos, es la realización de esta fantasía irreverente y, de antemano, imposible. Pasión mediante, lo que la *fan fiction* pone en evidencia, y Almodóvar subraya con genialidad, es que leer y escribir son acciones inseparables, dos caras de una misma pulsión creativa que ancla en el goce del lenguaje y la capacidad de fabulación. Flavio Guijarro, en este sentido, lee como quien practica un acto subversivo: apropiándose de las historias, tergiversando las palabras dadas y utilizando ese material como disparador de relatos que crecen entre lo vivido, lo leído y lo imaginado. Hay en él, por descontado, un poco de aquel niño que se inventaba la mitad de las películas en un patio manchego. Y hay, al mismo tiempo, un fanático que colecciona citas, personajes y tramas, abriendo, cada vez que escribe, un juego intertextual que amplía la noción de creación. Si acaso existe un límite preciso entre la cita, la alusión y el plagio, Flavio lo esfumina continuamente, empujado por la premura y una tendencia innata «a nutrirse de lo ya existente». Sus relatos son un mosaico de referencias, como lo es también una novela con algo de ficción fanática, en la que se cuelan, entre otros, Roberto Bolaño, Fernando Pessoa, Susan Sontag, Vladimir Nabokov, Henry James, Colm Tóibín y una jovencísima Joan Didion copiando a máquina a Ernest Hemingway. No faltan tampoco los autoguiños y las *mise en abyme* que convierten a *El hombre que solo escribía en los aviones* en una divertida y laberíntica cámara de ecos que rezuma, al mismo tiempo, una rara melancolía.

De la lectura a la escritura, y de la memoria a la invención, *El hombre que solo escribía en los aviones* es una novela en la que la intertextualidad no es sólo un recurso ingeniosamente utilizado, sino un tema en sí mismo. A medida que la narración se abre en diversas direcciones, emergen, a su vez, muchos de los motivos que recorren la producción de Almodóvar, desde el deseo, el amor, el fracaso y la pérdida, hasta la relación entre arte y vida. En la ansiedad que mueve a Flavio, por otra parte, está una de las claves de una obra atravesada por el tiempo o, más bien, la consciencia de su paso. «La naturaleza del tiempo es escaparse, pero no se lo permito, voy corriendo detrás

de él», escribe Flavio al pie de una cita de Kate Zambreno, y es esta necesidad de impedir que el tiempo se escurra lo que lo lleva a reinventarse, a moverse sin descanso y a escribir y reescribir con urgencia, a bordo de aviones donde, paradójicamente, tiene la impresión de estar suspendido en el tiempo y el espacio. Una ansiedad similar, que se podría traducir como la sensación de estar llegando tarde, ha llevado a Pedro Almodóvar a componer una magnífica novela libresca, tan arrebatada e insólita que a medida que avanza se transforma, pasando de la exaltación inicial a los matices más introspectivos de un desenlace donde, como no podía ser de otra manera, lo vivido, lo escrito y lo filmado se funden, dejándonos al borde de una nueva puesta en abismo.

# LOS PERSONAJES

**Flavio Guijarro**

Flavio ha sido dibujante, músico, diseñador, estudiante de psicología, actor y camarero en la terraza de su primo. Acumula tantas profesiones como vocaciones frustradas, y tiene la habilidad de adaptarse fácilmente al entorno, como una suerte de Zelig capaz de habitar los extremos. Puede ser divertido y soso, atrevido y cobarde, y sin duda, mentiroso y mezquino. Su modesta experiencia actoral, sumada a su gran imaginación y sus conocimientos en materia de psicología, lo convierten, inesperadamente, en un cotizado coach que consigue que los actores más importantes de España potencien su talento y encuentren la verdad de sus personajes. Los actores lo buscan, los directores lo respetan y a Flavio lo único que le falta es tiempo. Entre otras cosas porque, después de tantos cambios de rumbo, ha descubierto que la vocación literaria siempre ha estado allí. Solo que para escribir necesita estar suspendido a diez mil metros de altura o, como mínimo, en la sala VIP de un aeropuerto. Lector apasionado, cultiva la reescritura porque no acepta que las novelas que adora se terminen. Esa pulsión lo lleva a continuar *Blade Runner* e imaginar Madrid a finales del siglo XXI, tras una gran desertificación y tres guerras civiles; y también, a componer un delirio intertextual, titulado *Los pañuelos de Aspern* e inspirado en la obra casi homónima de Henry James. Aunque huir de lo autorreferencial sea uno de sus propósitos creativos, lo cierto es que su vida se cuela en sus ficciones, y se podría añadir que también ocurre a la inversa. En «La adicción», uno de sus primeros relatos, vuelca la historia de amor de juventud con Carmelo, un diseñador talentoso que cae en la adicción a la heroína y entra en una espiral destructiva que arrasa con la relación. Décadas más tarde, cuando Flavio está dando sus primeros y exitosos pasos como director de cine, se reencuentra casualmente con Carmelo, y una vez más realidad y ficción se funden.

«Flavio no duerme en los aviones. Nunca. Lee novelas. Para llenar el tiempo, la lectura no le basta, pero sí le resulta de gran ayuda porque suele escribir en las páginas del libro, las últimas y las primeras que aparecen en blanco. Después se pasa a los márgenes, normalmente con lápiz y también sobre cualquier otro espacio donde no haya letra impresa del libro original. En el último viaje con Mazado recurrió a las bolsas de papel que dan para vomitar, y las llenó de palabras. El actor le miraba asombrado, pero no le interrumpía porque intuía que aquel trajín era importante para Flavio. Nunca le preguntó, por ejemplo, "qué estás escribiendo". Mazado (Alez de nombre artístico y Alejandro el de verdad) sí duerme en los viajes. Esa es una de sus cualidades, y Flavio prefiere que sea así, porque no es conversador de avión. En otro contexto, Flavio es capaz de hablar con una piedra, servil e inteligente, y con deseos de agradar hasta que encuentre otra actitud más práctica. Pero en ese momento solo quería escribir. Y escribió. Pensó en sí mismo con veinticinco años menos y situó en el centro del relato a un gran amor del pasado, del que por fin se sentía tan liberado como para poder escribir sobre él sin que se le saltaran las lágrimas. Carmelo, lo llamó. Para el narrador, eligió una profesión que conocía lo suficiente porque había trabajado con algunos de ellos, la de director de cine, y se cambió de género (sería una directora). Le salió un breve monólogo que habría sido ideal para una actriz dramática superdotada».

### Alez Mazado

A Alez, un actor español atractivo y de físico imponente, la fama internacional le llega tras protagonizar una serie en HBO. Como apenas habla inglés, recurre a Flavio para que oficie de traductor durante la gira promocional. Lo que Alez ignora es que Flavio, un hombre dado a tergiversar las palabras ajenas, en lugar de traducir, se dedica a cambiar sus respuestas sosas por reflexiones sofisticadas y cultas que contribuyen a fortalecer su prestigio en el mundo del cine. Después de esta experiencia, contrata a Flavio para que lo ayude a preparar un personaje, abriéndole las puertas de una nueva profesión en la que el flamante coach por fin destaca. Sus caminos se vuelven a cruzar cuando un director prestigioso acepta, excepcionalmente, que Alez trabaje su personaje junto a Flavio. Para el coach, la colaboración deriva en el salto al cine. Para Alez, el papel supone su consagración y el inicio de una historia de amor que deviene obsesión.

«Alez cierra la puerta y se acerca al cuerpo de Flavio hasta arrinconarle contra ella. Al director se le cae la cartera mientras Alez le come vorazmente la boca, un beso muy distinto al de la escena de la película, el deseo fingido se

convierte en una fuerza arrolladora, y donde había desolación bajo la lluvia, en la habitación del hotel deviene en lo contrario: el despertar de algo tan poderoso que no consigue separarlos hasta el día siguiente a la hora de la comida, y solo porque Flavio insiste en que debe amanecer (aunque sean casi las dos de la tarde) en su habitación. Le recuerda a Alez que dos horas más tarde están citados en el set. Y allí vuelven a encontrarse, frescos, tonificados, como si hubieran dormido profundamente toda la noche y nada de lo que ocurrió hubiese ocurrido».

## Colm Seymour

Creación de Flavio, Colm Seymour es el protagonista de *Los pañuelos de Aspern*, una reescritura de la obra de Henry James atravesada, a su vez, por la influencia de Vladimir Nabokov y George Orwell. Colm es un editor y crítico inglés devoto del poeta fallecido Jeffrey Aspern. Cuando sale a subasta un pañuelo manchado con la sangre de Aspern durante una batalla en Grecia, el editor no duda en adquirir ese objeto que lo conduce, a su vez, a Venecia, donde espera encontrar las cartas de amor del poeta que guarda Juliana Bordereau. Pero lo que en verdad busca es la novela erótica inédita que Aspern podría haber escrito para esta mujer cuando ella tenía trece años. Dar con ese manuscrito, que esconde Juliana, le permitiría demostrar que el poeta fue un precursor de Nabokov y su célebre *Lolita*. Impulsado por su obsesión por Aspern, y por la ambición que comparte con su amante y coeditor, Colm se adentra en un tragicómico y desmedido laberinto metaliterario en el que los secretos se multiplican y sale a relucir la falta de nobleza de unos y otros.

«Colm Seymour necesita que exista una especie de Lolita de Aspern, y Flavio ha decidido, durante la espera en el aeropuerto, que la escribirá el propio Colm. (De hecho, el libro de Auster le inspira lo que podría ser una carta de amor de Aspern a la niña Juliana). Recuerda que, del mismo modo que Joan Didion copiaba a máquina de escribir, cuando era niña, a Ernest Hemingway, para interiorizar el ritmo de su prosa, Colm había copiado a mano tres de las novelas de Jeffrey Aspern (se las sabía de memoria) y un libro de poemas que cuajó en Tercer poemario. Se trataba de una colección falsa, que el propio Colm había escrito para probarse a sí mismo y, lo que era más arriesgado, probar a los especialistas y legión de admiradores de Aspern, que no solo no descubrieron la impostura, sino que encontraron en el tercer poemario, en sucesivos congresos sobre el autor, una cualidad premonitoria en la evolución de Aspern respecto a sus dos libros de poemas anteriores».

**JULIANA BORDEREAU**

Inspirada en el personaje de Henry James, esta anciana revela ser una mujer astuta y calculadora que guarda celosamente los escritos de Jeffrey Aspern y más de un comprometedor secreto. Vive recluida en un *palazzo* veneciano decadente junto a su sobrina Tina, otra pieza esencial en la intriga que se trama alrededor de un manuscrito que podría ser la demostración de la pasión de un célebre poeta por una niña, o si se quiere, una nínfula precursora de la Lolita de Nabokov.

«JULIANA: Le vi solo una vez, y recuerdo que intercambiamos unas palabras. Ahora que voy a convivir con parte de su sangre, tan seca como yo, creo que debería haberle tratado más. Yo no sabía que se convertiría en una celebridad.

COLM: Es y fue mucho más que eso. Y me atrevo a pensar que usted lo sabe tan bien como yo.

JULIANA: [Yéndose]. Muchas gracias, señor Seymour, por estos pañuelos. Se ha tomado muchas molestias.

Colm reconoce en Juliana a una adversaria tan truculenta como él mismo. Está seguro de que esa mujer oculta información sobre Aspern, le seguirá la corriente unos días hasta que dé con algo. No ha conseguido verle bien los ojos, pero ha sido como si ella desnudara cada una de sus palabras y conociera sus intenciones, por mucho que las disimulara. Lejos de provocarle hostilidad, su adversidad le estimula. Su aventura ha empezado y, por supuesto, no olvida a la sobrina, Tina. Colm es consciente de cómo le mira e intuye que en algún momento le será de gran ayuda».

# PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *El hombre que solo escribía en los aviones* comienza con un prólogo que, según nos advierte el autor, debe leerse como un capítulo más de una obra sinuosa donde todas las formas de escritura adquieren un carácter novelístico. ¿Qué nos dice la novela, desde la estructura misma, respecto a la frontera entre realidad y ficción? Que la novela se articule como una matrioska —relatos dentro de relatos—, ¿en qué medida responde a la idea de que todo puede ficcionarse?

2. En el prólogo se dice que la novela ha sido escrita con ansiedad o, en otras palabras, desde la premura y la sensación de intentar detener el tiempo. Esta ansiedad, que el autor y el protagonista comparten, ¿de qué manera se refleja en la novela?

3. Flavio Guijarro es un hombre de mil vocaciones que no cesa de reinventarse y parece no tener ningún talento en especial hasta que empieza a triunfar como coach de actores. La necesidad de continua reinvención, ¿de dónde surge? ¿Responde a una búsqueda vocacional, a la necesidad de construir una identidad, al temor al fracaso o a la premura que mueve a Flavio?

4. Para Flavio el paso previo a convertirse en un reconocido coach de actores es trabajar como traductor de Alez Mazado. Sin embargo, en lugar de atenerse a traducir al actor de la manera más fiel posible, cambia sus respuestas por otras que considera más inteligentes y elaboradas. ¿Cuál es la importancia de este primer acercamiento a Mazado? ¿Qué nos dice respecto a la relación de Flavio con la palabra ajena? Su labor como traductor, ¿enlaza con la vocación literaria que se le despierta cuando vuela junto a Mazado?

5. Trabajando como intérprete, Flavio tiene la impresión de ser un ventrílocuo y un mentiroso, aunque prefiere pensarse a sí mismo como un «fabulador». ¿Por qué para definirse utiliza el término «fabulador»? ¿Cuáles son los matices que aporta este término respecto a la palabra «mentiroso»? ¿Y cómo se proyecta a lo largo de la evolución que Flavio hace en la novela? ¿Su condición de fabulador lo atraviesa todo?

6. Durante la gira promocional de Mazado, Flavio descubre que los aviones, o a lo sumo, las salas VIP de los aeropuertos, son los únicos espacios en los que consigue dar rienda suelta a su vocación literaria. ¿Por qué los aviones estimulan su creatividad? ¿Cuál es el simbolismo de esta necesidad de escribir a diez mil metros de altura? ¿Cómo conecta esta necesidad con la vivencia que Flavio tiene del tiempo?

7. Cuando Flavio se vuelca a la escritura, vocación que compagina con su labor de coach, empieza a experimentar un fenómeno extraño: la pérdida progresiva de vocabulario. ¿Cuál es el significado de este fenómeno? ¿Con qué creéis que está relacionado? Esta experiencia, ¿aparece reflejada en alguna de las obras que él escribe?

8. Flavio asegura que no tiene la intención de hurgar dentro de sí mismo en busca de material para sus ficciones. La autoficción, en otras palabras, no parece ser su género. ¿Cuán honesto es Flavio en este sentido? ¿Realmente no hay lugar para lo autorreferencial en aquello que escribe? ¿O diríais que la novela, precisamente, señala que entre vida y obra existe un diálogo permanente del cuál nunca se puede rehuir del todo?

9. Para tomarse un descanso de su exigida labor como coach, Flavio protagoniza una performance, «Hable con él», en la que finge estar enfermo y que se inspira en la novela ¡Mártir!, de Kaveh Akbar. La performance, sin embargo, desemboca en una polémica artística. ¿Cuál es la importancia de esta acción? ¿Qué ocurre ahí con el límite entre realidad y ficción, y entre vida y obra?

10. Bajo el influjo de *Blade Runner*, el film inspirado en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick, Flavio decide reescribir la obra imaginando un Madrid futuro poblado de replicantes y humanos transgénicos. Se trata, en definitiva, de un ejercicio de *fan fiction* inspirado por una película basada, a su vez, en una novela: es decir, un juego intertextual que se proyecta al infinito, ya que, entre otras cosas, los replicantes imaginados por Flavio miran los clásicos del cine de ciencia ficción para comprender las sociedades del pasado. A partir de esta pieza, ¿cuál es la reflexión que se abre a propósito de la ficción fanática? ¿Cómo se puede interpretar este fenómeno?

11. En el prólogo, el autor dice que la *fan fiction* es una demostración de amor de los lectores a sus escritores favoritos. Más allá de la devoción fanática, y el deseo de que una obra no concluya en un punto final, ¿qué nos dice la ficción fanática respecto a la conexión entre la escritura y la lectura? ¿Son prácticas radicalmente distintas? ¿Cómo escribe Flavio? ¿Y cómo lee? ¿Se puede considerar a la lectura como un acto creativo?

12. En su ficción distópica, Flavio imagina el Madrid de la Gran Desertificación: una ciudad futura golpeada por el cambio climático, tres guerras civiles y la creciente deshumanización de la sociedad. ¿Por qué pensáis que Pedro Almodóvar introduce una pieza de ciencia ficción dentro de la novela? ¿El mundo que imagina Flavio es, en cierto modo, un reflejo distorsionado del presente que habitamos?

13. Tras escribir «Replicantes y transgénicos», Flavio se embarca en un proyecto aún más ambicioso: la reescritura de *Los papeles de Aspern,* de Henry James. Que escribir es reescribir es una de las ideas que atraviesa a la novela. ¿Cuál es la reflexión que se hace a propósito de conceptos como la originalidad, la autoría y la intertextualidad? ¿Existe un límite preciso entre la cita, la alusión, la apropiación y el plagio? ¿Y existe la posibilidad de escribir sin nutrirse de lo ya existente? Además de reescribir obras ajenas, ¿Flavio reescribe su propia obra? ¿Diríais que, en un plano metaficcional, la novela también contiene guiños a la producción cinematográfica de Almodóvar?

14. Cuando la noticia de la subasta de un pañuelo manchado con la sangre de George Orwell se entrecruza con la lectura de *Los papeles de Aspern* y *Lolita*, Flavio cae en una suerte de frenesí intertextual que lo conduce a escribir «Los pañuelos de Aspern». ¿A través de qué elemento o motivos conecta esta ficción dentro de la ficción con *El hombre que solo escribía en los aviones*? ¿Qué papel juegan figuras como Colm Seymour, Juliana y Tina? ¿Y qué función cumple la intervención de un escritor real —Colm Tóibín— que dialoga con un personaje ficticio?

15. Tras descubrir su vocación literaria y triunfar como coach, Flavio acaba llegando a la dirección cinematográfica. ¿Cuál es el enlace entre las distintas disciplinas que explora Flavio y por qué el cine parece ser su vocación definitiva?

16. En el monólogo «La adicción», Flavio vuelca una historia de amor de juventud signada por la adicción de Carmelo, su pareja, a las drogas. El amor, ¿a qué emociones y experiencias aparece ligado en la novela? ¿Qué huella deja en Flavio la relación con Carmelo? El fracaso de esa historia, ¿pesa en la manera que tiene de relacionarse con Alez?

17. Desde el momento en que cambia sus frases cuando lo traduce en las entrevistas, Flavio empieza a moldear a Alez Mazado en lo profesional y lo intelectual, y también, en lo afectivo. Con el correr del tiempo, el actor se consagra como una de las estrellas del momento y se enamora de Flavio. ¿El amor incondicional que Alez siente por Flavio es genuino? ¿O es un sentimiento que, en cierto modo, ha sido moldeado por su Pigmalión? ¿Por qué Flavio termina huyendo de esta relación? En lugar de quedarse al lado del hombre que lo venera, ¿qué escoge?

18. La ficción es uno de los temas centrales de una novela que contiene en sí historias dentro de historias, tramas inventadas, citas y laberínticos juegos intertextuales. Pensando en los usos que Flavio hace de la ficción, pero también, en *El hombre que solo escribía en los aviones* como un artefacto novelesco complejo, ¿qué función o valor se le otorga a la ficción en la novela?

# EL AUTOR

**Pedro Almodóvar** (Calzada de Calatrava, 1949) es el director de cine, guionista y productor español con más alcance internacional desde Luis Buñuel. Ha recibido los principales galardones cinematográficos nacionales e internacionales, entre ellos dos Oscar, dos Globos de Oro, dos Leones de Oro, dos premios del Festival de Cannes, cuatro Baftas, tres César, seis Goyas, tres premios Feroz y el Premio Donostia del Festival de San Sebastián. En nuestro país, asimismo, ha sido distinguido con el Premio Nacional de Cinematografía (1990), la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes (1998) y el Premio Príncipe de Asturias de las Artes (2006); en Francia ha sido nombrado Oficial de la Orden de las Artes y las Letras del Ministerio de Cultura (1994), ordenado Caballero de la Legión de Honor (1997) y Oficial de la Legión de Honor (2026). En tres ocasiones ha sido investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Castilla la Mancha (1999), la Universidad de Harvard (2009) y la Universidad de Oxford (2016). Su filmografía como director se compone hasta la fecha de veinticuatro largometrajes, entre otras producciones. También es autor de cuatro libros: la nouvelle *Fuego en las entrañas* (1981), las crónicas protagonizadas por la heroína de los lavabos *Patthy Diphusa* (1991), el libro de relatos *El último sueño* (2023) y la novela *El hombre que solo escribía en los aviones* (2026). Su obra literaria ha sido traducida a más de treinta idiomas.

# DECLARACIONES DEL AUTOR

«Yo escribo todos los días. No quiero imaginarme a mí mismo en el momento en que no tenga nada que contar. Ya tengo más de 70 años y eso hace que ahora trabaje mucho más que en la década pasada. Es una buena práctica para que el futuro me encuentre ocupado».
(Marzo, 2026. Entrevistado por Álex Vicente. *El País Semanal*)

«En la literatura da la sensación de que tienes que contar más cosas acerca de ti mismo. En el cine hay más parapetos con los que puedes cubrirte. Me da respeto. No sé si mi trayectoria lo contradice, pero soy una persona pudorosa».

«Tuve una temprana vocación de escribir, desde niño, aunque eso no me convierte en escritor. Publicar este libro [*El último sueño*] tampoco me convierte en escritor. No me da vergüenza y creo que tiene el interés suficiente para ser leído, pero escribir es algo más que esto. La gran literatura es otra cosa. Yo solo pretendo que la gente se entretenga leyéndome. Es lo máximo que me atrevo a pedir. En cualquier caso, escribir desde joven me permitió tomar atajos a la hora de escribir un guion. Me dio armas y agilidad».

«Desde *Hable con ella,* mi cine se ha ido volviendo cada vez más grave. En las últimas películas he renunciado a todas mis señas de identidad, como las canciones y los elementos que alegraban la narración. He ido adoptando una mayor austeridad. Y yo mismo también me he convertido en alguien más sombrío y melancólico, más inseguro y miedoso».
(Abril, 2023. Entrevistado por Álex Vicente. *Babelia*)

«Mi madre las leía y se inventaba cosas, las adornaba. Yo era muy pequeñito, todavía moral y me escandalizaba. Mi madre me decía: "Pero ¿has visto lo contentas que se han puesto". La ficción cumple esa función. La realidad hay que rellenarla con otros elementos para ser vivida. Poca gente no ve nada de ficción a lo largo del día. En el confinamiento nos dimos cuenta de esa necesidad».

«El rodaje es una gran fiesta familiar que puede convertirse en una gran tragedia familiar. Vives una vida coral en el mejor y peor de los sentidos. La escritura siempre es solitaria. Cuando estás en racha y en contacto con los personajes, ellos mismos te dictan lo que quieren. No eres dueño totalmente de la escritura. Es una experiencia tan hipnótica

como el cine. Hay que cortar muchas ramas y quedarte con el tronco. Hacerlo en soledad es duro, pero hasta ahora no he conocido a nadie con quién escribir, pero es algo que tengo en mente».
(Abril, 2023. *El ojo crítico*)

«Hay algo grandioso en la literatura: es una gran compañía, la que no te va a abandonar nunca. Siempre vamos a tener libros que leer».

«Mi madre inició una especie de negocio, que en realidad consistía en leer y escribir cartas para un barrio de gente analfabeta. Mientras las leía, yo, que me colocaba detrás de ella, me indignaba porque se inventaba la mitad. Pero se conocía tan bien la vida de las vecinas, que sabía lo que querían oír. Y creo que esa es la mejor lección que le puedes dar a un narrador: que la realidad es incompleta y que para ser más vivible tienes que rellenar esos huecos. Y eso es lo que hace la literatura».
(Abril, 2023. Entrevistado por Paloma Leyra. *Elle*)

«Mi primer recuerdo como fabulador es muy lorquiano. Yo tendría nueve años en esa época. Mi hermana asistía a clases de corte y confección en el pueblo. Entonces yo iba al cine con mis hermanas, ellas sabían perfectamente lo que veíamos, porque lo veíamos los tres juntos, pero había una cosa que les divertía mucho y era que yo les contara la película después de verla. A veces, en casa, pero muchas veces iba a ver a mi hermana a la clase de costura, que en verano se hacía en un patio. Allí estaba la maestra con un montón de adolescentes enseñándoles a coser y me preguntaban por la última película que hubiera visto. Y yo les contaba la película y me enardecía tanto el hecho de contársela que la iba aumentando y me inventaba una que tenía que ver con la que había visto, pero la mitad era invención mía».
(Abril, 2023. Entrevistado por Bob Pop. *La Marea*)

# LA CRÍTICA HA DICHO

«Una apuesta por una nueva forma de novela. De apariencia autobiográfica, tiene momentos bien divertidos, pero —ojo— también turbadores, sobre todo si sospechamos que nos está narrando algo no acontecido, que podría formar parte de su vida».
Enrique Vila-Matas

«Una novela fanática, apropiacionista, brillante, irreverente, pospunk y enfebrecida para los fans, las amantes, los locos y las arrebatadas. Para todas nosotras, Almodóvar escribe en el inmenso lenguaje de la pasión. Barthes hubiera alucinado con este libro. Yo lo subrayo entero y lo leo de rodillas».
Irene Cuevas

Penguin Club de lectura
www.penguinclubdelectura.com

Penguin Random House Grupo Editorial